

ACLARACIONES

Stellungnahme, Stimmen der Zeit 217 (1999) 169-171

El artículo de Ladislav Örsy sobre el *Motu Proprio "Ad tuendam fidem"*, redactado de una forma satisfactoria y en tono objetivo y nada polémico, contiene, por desgracia, algunas informaciones deficientes que es necesario poner en su punto.

1. El P. Örsy nos asegura que, si se ha precisado de nuevos cánones es porque la categoría de enseñanza propuesta definitivamente, "tal como ahora aparece en documentos oficiales, en otro tiempo todavía no existía". Basa la afirmación de la total novedad de esta categoría en la tesis de que "las enseñanzas definitivas" en el sentido nuevo no deberían confundirse con "el denominado "objeto secundario de la infalibilidad"". Este último sí que constituiría "una categoría que habría sido desarrollada en el Concilio Vaticano I" y quedaría "completamente integrada en la comprensión de la Tradición". No es posible averiguar cómo el autor llega a esta tesis. Pues esta categoría se refiere justamente a aquellas verdades que hay que mantener con un asentimiento definitivo, aunque no haya que aceptarlas propiamente con una fe teológica. De ahí que resulten nulas las conclusiones que descansan en la diferenciación, desprovista de fundamento, entre ambos conceptos.

Una pequeña imprecisión, que en sí apenas merece ser mencionada, consiste en que el autor habla de nuevos cánones, cuando, en realidad, sólo se ha añadido un segundo párrafo al canon 750, y en el canon 1371 se ha introducido una referencia a este párrafo.

2. Como se trata de cuestiones doctrinales, que trascienden a los distintos ritos, se han practicado también las correspondientes complementaciones en el *Codex* de la Iglesia Oriental.

2. Encuentro falto de objetividad el hecho de que el P. Örsy forje una oposición con el Vaticano II: el Concilio no habría contado ni con amenazas ni con castigos, pues los Padres conciliares "confiaban en que la fe atraería a los seres humanos con su propia fuerza persuasiva y su belleza", mientras que ahora la primera reforma del actual CIC hace precisamente esto: expresar amenazas y castigos. Ahora bien, es evidente que, en sus decisiones, los Padres conciliares presuponen la validez del ordenamiento jurídico de la Iglesia, el cual contiene también una parte penal. Además, también ellos deseaban la reforma del derecho eclesiástico dispuesta por el Papa Juan XXIII, sabiendo que tampoco un CIC renovado podía entenderse sin derecho penal, el cual acaso se suavizaría y se modernizaría, pero siempre se conservaría. De hecho, gran parte del episcopado mundial manifiesta hoy el deseo de que se endurezca el derecho penal, por ej., en el caso de sacerdotes culpables de pedofilia, pues la garantía de los derechos del demandado resulta tan fuerte que los obispos se sienten desarmados a la hora de intervenir a favor de los fieles. Por lo demás, el propio P. Örsy sabe perfectamente que Pablo practicó la excomunión y, por consiguiente, aplicó el derecho penal, y que, por ej., Mt 18, 15-17 muestra que también la tradición sinóptica tiene conocimiento de los medios de que dispone la disciplina eclesiástica. Sería bueno que, en adelante, se renunciase a semejantes contraposiciones que no se ajustan a la realidad y producen desánimo allí donde no ha cundido.

3. El P. Örsy -advirtámoslo más bien de paso- presenta como una novedad la posibilidad de reformar el CIC. Esto no es del todo exacto. Pues, siendo la Iglesia un

organismo vivo, estaba ya previsto desde el comienzo. Ya para el Código de 1917 se creó una Comisión para la interpretación auténtica del texto legal, la cual tuvo que introducir también en él cambios y complementos que eventualmente resultaban necesarios. De un modo semejante, el actual Consejo para la interpretación de los textos legales, aunque por sí mismo no esté autorizado para efectuar cambios legales, ya que no tiene asignadas competencias legislativas, sí cuenta entre sus funciones la de preparar eventuales cambios legales o contribuir a ellos con su asesoramiento. Es claro que, desde el comienzo, se contó con un ulterior desarrollo legal.

4. De consecuencias más graves es la siguiente afirmación del autor: "Introducirle al antiguo credo añadiduras que, además, se refieren a circunstancias que no constituyen materia de fe, y luego denominar el conjunto "confesión de fe" resulta enteramente nuevo. En toda la historia de la cristiandad no existe precedente." Es lástima que, con esta afirmación de lo enteramente nuevo, el P. Örsy va, al parecer, demasiado aprisa. Pues, si hubiese recurrido a su memoria histórica, hubiese caído en la cuenta de que, desde los tiempos de la Reforma, los párrocos evangélicos eran ordenados en base a la antigua confesión y a la confesión de la Reforma, de la misma manera como paralelamente, por parte católica, a la antigua confesión se le adjuntó la profesión de fe tridentina, la cual bajo Pío X fue completada por el juramento antimodernista. Forjar una incompatibilidad de tales textos complementarios con la decisión de Calcedonia de que nadie pueda proponer ninguna otra confesión de fe trae a la memoria aquellos Padres del siglo V que ya presentaron a Constantinopla y Calcedonia como incompatibles con el carácter conclusivo de Nicea.

De nuevo a lo actual: dentro del espíritu del Vaticano II, en 1967 la profesión de fe tridentina y el juramento antimodernista fueron sustituidos por una escueta añadidura de la confesión, la cual proponía el significado de la doctrina de los sacramentos, del sacrificio de la Misa y del Primado del Papa, y expresaba, en cada caso de acuerdo con la forma de sus proposiciones, la aceptación de la doctrina de la Iglesia. El que ambos textos, amplios e incluso, desde distintos puntos de vista, problemáticos, fuesen cercenados y sustituidos por una nueva fórmula de unas pocas líneas nadie lo criticó. Por el contrario, esto se vio como una decisión alentadora y fue considerado como un fruto positivo del Concilio. Contra la fórmula de 1967 podría objetarse que no distingue con suficiente claridad los grados de aceptación y que, en la selección de las doctrinas que no están expresamente desarrolladas en el Niceno-Constantinopolitano, no sigue un criterio claro. A partir de esas reflexiones se elaboró una nueva concepción que distingue claramente entre la fe propiamente teológica, la "fe eclesial" que responde al "objeto secundario de la revelación", y el "respeto religioso" (*obsequium religiosum*) respecto al magisterio no-infalible. Esta nueva fórmula tripartita para completar la profesión de la antigua Iglesia entró en vigor el 9 de enero de 1989, o sea, hace diez años. Había, pues, tiempo de sobras para discutir la distinción de niveles. Por qué no se hizo en Alemania no puedo decirlo. En todo caso, con esta fórmula no se hace pasar como fe algo que no sea fe. De lo que se trata es justamente de distinguir los distintos niveles de aceptación.

5. Me alegro de poder confirmar, al menos en un punto, las explicaciones del P. Örsy. Me refiero al "Comentario doctrinal". Es cierto que este texto, en su conjunto, fue elaborado por la Congregación, propuesto en sus distintas fases en presencia del Cardenal y finalmente aprobado por él. Recibió también la aprobación del Santo Padre. Pero se estaba de acuerdo en que este texto no debía ostentar una propia condición

vinculante, sino que se ofrecería sólo como una ayuda para la interpretación y, por consiguiente, no debía publicarse en la forma de un documento con autoridad propia. Por otra parte, la forma escogida de su publicación se decidió para mostrar que no se trataba de un trabajo privado del Prefecto y del Secretario de la Congregación, sino de una ayuda autorizada para comprender el texto. Esto puede criticarse. Y el P. Örsy podría acaso decir aquí con derecho que tal género sí constituye algo nuevo. Y ¿por qué no? En todo caso, la conclusión que ha sacado el P. Örsy es exacta: por este texto los ejemplos aducidos no adquieren ningún valor que antes ya no tuviesen. Adrede se escogieron sólo ejemplos de cuyo rango constase o por documentos del magisterio o por el consenso de autores probati. En este sentido, nadie ha de sentirse constreñido autoritariamente por este texto.

Lamento que un artículo que podía muy bien haber servido para objetivar el debate contenga algunos errores bastante graves y espero que estas aclaraciones puedan ayudar a una mejor comprensión de los documentos del verano de 1998 que han sido criticados con excesiva premura.

Tradujo: MÀRIUS SALA